

MARIO KETICUSO-IBARRA

LOS LIBROS

Y EL

verdadero concepto modernista



MA. DEL ESTOJO TRUJILLO

1917

Mérida
Quintana Roo
para la "Biblioteca
Nacional".
Humberto Bago
5/6/18

V-21
C-75

Conferencia

**leída en el Club "XIX de
Diciembre" de Mérida.**

SEÑORES:

A quien trazara estas obscuras líneas escribióle, invitándole a hacerlo, el culto intelectual que preside este centro, (1) y entre otras razones díjole: Inaugurará la serie de conferencias el alto pensador don Tulio Febres Cordero, y entre los que han ofrecido continuarlas cuéntanse mentalidades andinas de alta talla. No ~~tengo~~ ~~el~~ gusto de conocer personalmente a quien esto me dijera, y por ello no sé si atribuirlo a un falso concepto que de mí se formara el joven Presidente, creyendo halagar mi negativa pretensión de hombre de letras al

(1). Mariano Picón-Salas.

II

ofrecerme puesto distinguido al lado de tan ilustres maestros o a una intencionada ironía que he sabido corresponder con alguna dosis de gratitud.

Yo creo también—después de haber justificado la introducción en este recinto de una voz nueva, muy distinta a las robustas que aquí puedan dejar oír su eco y pobre en agilidades retóricas y en vuelos propios de alajes de suprema envergadura—yo creo, sí, estar obligado a hacer en esta pública ocasión una defensa que me sirva de tema, a unos buenos amigos, a quienes debo el título mirado despectivamente por muchos, de literato, si puede llamarse literato a quien tiene una biblioteca sin libros *proprios*. Sí, estos libros míos, de lomo rojo casi todos, y que en la soledad de mi estancia me hablan y acompañan, estos libros de autores tan distintos y de nombres extravagantes, serán motivo para embadurnar unas tantas cuartillas que presenten ante un selecto auditorio

III

en la muy ilustre ciudad de los Caballeros, a un desconocido aventurero del país del Arte y del Pensamiento, que sin ningún derecho pretende formar en las gallardas falanges de la intelectualidad venezolana.

En noches pasadas y en una casi misteriosa reunión de profesionales que tuvo lugar en un penumbroso bufete de abogado, hablábase largamente de libros, revistas y periódicos, hablábase de su influencia directa en la evolución psicológica de la sociedad, discutiéndose la razón antiética de muchos autores, elogiándose en cambio la inofensiva virtualidad de ciertos libros. “Muchas obras—decían—procuran la asimilación perjudicial de ideas extrañas y antagónicas con el medio social y religioso de que se es factor importante, causando infinito daño en la complicada organización mental del individuo”, y sitose como un ejemplo mi nombre. Gracias, muchas gracias, dile a quien tuvo la

bondad de contarme aquella obscura conversación, más parroquial que académica.

No porque sea yo un dañado por ese concepto, ni por ser un influenciado por el Modernismo, ya, y dicho sea de paso, que el Modernismo que invade en su totalidad las esferas artísticas y científicas, no viene a ser sino una resurrección del alejandrinismo, como lo deja ver Sanin Cano, (2) una resurrección de la escuela gloriosa en cuyo beneficio inmortalizárase la soberana dinastía de los Ptolemeos y a cuyo completo florecimiento contribuyeron con toda su potencialidad creadora la sutil metafísica brahamánica, la sabiduría hoy desconocida del alto Egipto, el espíritu conquistador de Roma, la cultura única de los helenos y la parabólica moral hebraica; no porque sea yo un in-

(2). B. Sanin Cano, Prólogo de "Ritos" de Guillermo Valencia.

fluenciado por este arte actual!, paradójal por Nietzsche, malsano por las "flores" de Baudelaire, trágico por el aletear del cuervo de Edgardo, frío por los hielos escandinavos que le proporcionarán Ibsen y Björnson (3), debo decir que tales aciertos tienen una profunda falsedad, mas que esta intrínseca consecuencia me obliga a contradecir dicha opinión el deseo de que nuestra mayoría pensante vea en el actual momento científico-literario una conclusión lógica de la marcha evolutiva del pensamiento humano y en el eclecticismo general que nos invade un retorno a las edades primitivas de la humanidad, retorno que en el sentido del Efesio, encarnaría una base primordial de su doctrina.

‘El Modernismo, que en literatura castellana se le atribuye a Rubén Da-

(3). Los Romances de Hoy. Francisco Contreras.

río, en psiquiatría a Lombroso, en militarismo a Bismark, en filosofía a Kant, Schopenhauer y Nietzsche—lo más grande junto con Ricardo Wagner, que dierra la Alemania moderna—, en metafísica trascendental a Emerson, Novalis y Mæterlinck, en bacteriología a Doyen, obedece a la ley irrevocable del transformarse, la cual es igual en el reino vegetal y en el reino profundo de las almas. Cada siglo tiene su poeta, como tiene su guerrero, su filósofo y su músico, y ellos están con el momento histórico en que se desarrollan en una relación tan precisa como la planta con el suelo en que crece, y están entre sí unidos—a pesar de la aparente diversidad de cultura— por la cultura general de la época que señala en ellos un mismo ritmo en el pensamiento y en el sentimiento, un ritmo que pudiera llamarse la influencia de la hora en que se vive, influencia que no se queda en el músico, el filósofo, el guerrero y el poeta si-

VII

no que invade casi la totalidad de los pensantes; y en la presente etapa, cuando el ideal señalado por ese ritmo influyente lo constituye la *conquista* en el más amplio sentido del vocablo, el alma siente una sed ardiente de poseer todo aquello en que sueña y piensa, para poder decir como el rubro de una magnífica revista francesa: *Je sais tout*, imagen fiel del espíritu eclético que nos invade.

Recogiendo ahora el hilo trunco de mi defensa de los libros, esos libros que en el concepto de muchos forman una atmósfera enrarecida donde es difícil respirar sin enfermarse, tendremos que decir que en el actual momento de evolución psicológica no es necesaria a ningún espíritu una guía de libros como la aconsejada por Lubbock en sus mecánicas lecciones de felicidad (4), sino que el estado especial de cada enti-

(4). La Dicha de la Vida. John Lubbock.

dad pensante va señalando de un modo claro las obras que le conviene: una página triunfal de Gabriele D' Annunzio o una mística plegaria de Raimond Lull, un capítulo de honda metafísica de Plotino o una parábola de Federico Nietzsche, un verso de Darío o una lamentación de Leopardi, un tratado de psiquiatría de Lombroso o un código penal clásico. Todos se pueden leer, sí, todos, sin necesidad de exègesis extraña, como en los libros sagrados, y no hay porquè llamar perjudiciales a esos buenos amigos que nos dicen tantas cosas, a esos señores amables que permiten nuestras indiscretas preguntas, y que lentamente nos van proporcionando una cultura que tiene sutilezas indostánicas, calor triunfal del Mediodía, frío glacial del Norte y tintes y colores más o menos altos según la región de donde vienen, y que se une muy bien a nuestro estado de alejandrino, como se unían sabios y sistemas diferentes en la soberbia

academia de los Ptolemeos. Yo creo que quienes hacen cruda guerra al soberano poder de los libros, discutiendo disparidad de culturas e ideas ofensivas al estado social y religioso, son seres egoístas que nunca han podido levantarse más allá de la mediana instrucción que pudieran recibir en un mal colegio de su tiempo, e incapaces de considerar como la más noble de todas las enfermedades esa de *pensar*, la cual llevada al examen clínico —así como se llevan hoy los enfermos de amor y de religiosidad— llegaría a obtener la misma sintomatología que la avaricia, enfermedad similar por tener su nacimiento en un estado patológico común a ambas: *el anhelo infinito*.

No se qué fuerza cultural pretenden obtener los que temen leer ciertos libros porque distan en conceptos de aquel concepto aislado —obtenido por estudio o por imposición de otro— que constituye su manera de juzgar sucesos y obras;

ellos se me antojan iguales a jueces inconscientes que se inhibieran en cualquier causa, por suponer pruebas falsas, que a pesar de ser falsas no creen destruir en el curso del litigio, para sentenciar conforme a un criterio formado de antemano, y nacido quizá de una atávica antipatía o de una mezquindad impropia de jueces; ellos se me antojan, sí, semejantes a cobardes mineros que no se atraviesen a bajar a los enrarecidos socavones diciendo temer que nazca en ellos el deseo de robarse las piedras y metales que leyes yá consagradas por el derecho humano y por los cánones divinos destinan únicamente para usufructo del rico propietario.

Todo lo que se ha escrito y publicado lleva en sí el fin de que sea leído y en manos de quien lo haga está el dejarse seducir por tal o cual idea, sin necesidad de una explicación o de una ayuda extraña. Y bajo el concepto, hoy un tanto avanzado entre los tras-

XI

cidentalistas, de que al nacer yá dejamos escrita en tablas desconocidas y remotas la ley de nuestro destino, la lectura viene a tener una modalidad extraña: cada idea que sacamos de un libro nuevo al atravesar los planos superiores de nuestro espíritu, alcanza la función de un pobre pescador que se inclinase sobre las ondas quietas de una laguna profunda en busca de tesoros recónditos, y como esta idea de la laguna tiene perfecta semejanza con nuestra constitución psíquica, las ideas vendrían a sucederse una a otra discutiéndose la rara fortuna de extraer el oro inmaculado de esa innata sabiduría sin poder dejar nada que nos perjudique, a no ser que sean perjudiciales esos instintos ocultos que esperan la fuerza extraña que tarde o temprano los despertará.

Ahora, como una fórmula conciliadora, yo os diré, compañeros en la manía de leer y pensar: poseed los libros, to-

dos los que podáis, dominándolos hasta lo posible, más no os dejéis poseer por ellos, esta posesión quizá es lo que tienen tantos que se declaran enemigos de los libros nuevos, incapaces de aceptar notas marginales, impuestas acaso por una egoísta manera de juzgar y de pensar.

